

## El joven Bolívar

Jorge ANDUJAR

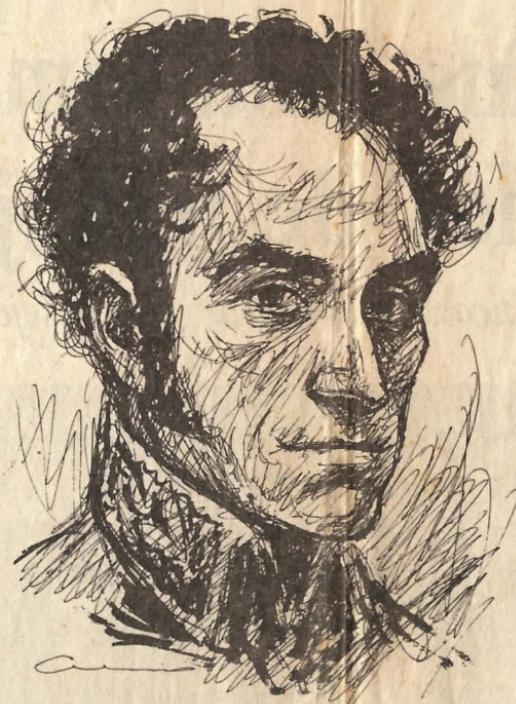
El 24 de julio de 1783, en el seno de una aristocrática y acaudalada familia de la capital de la Capitanía General de Venezuela, nace un niño cuyo destino marcará el de la América Española. Sus padres al bautizarlo en la Catedral de Caracas le pusieron los nombres de Simón José Antonio de la Santísima Trinidad; aunque sería universalmente conocido por su primer nombre Simón, puesto en recuerdo del primer pariente que pisara el nuevo mundo.

Este vástago parece tenerlo todo; al menos en lo material. El inmenso patrimonio familiar comprende plantaciones de cacao, haciendas de añil, algunas minas y muchos esclavos negros. Su riqueza innata se incrementa, además, vía herencias. Así se adjudica el cuantioso "Mayorazgo de la Concepción" cuando apenas contaba con quince meses y medio de existencia.

Sin embargo, muy pronto conoce la desdi-

cha. Su padre don Juan de Bolívar y Ponte, coronel del ejército del Rey de España, fallece cuando el pequeño Simón tenía sólo 3 años. Su madre doña María Concepción Palacios y Blanco, víctima de una enfermedad aún no precisada, lo dejaría días antes que cumpla los 9. Estas ausencias obligadas de personas queridas parece signar su vida. Años más tarde, cuando aún no se apagaba la algarabía del reciente matrimonio, conocería nuevamente la inmensidad del dolor al fallecer su muy joven esposa María Teresa Rodríguez del Toro. El joven Simón, apenas si había cumplido los 19 y era ya huérfano de ambos padres, e inconsolable viudo.

Movido por su profunda melancolía huye a Europa donde desata toda una pasión de sentimientos. París es una fiesta para el acongojado mozo. Los salones de la nobleza adinerada lo acogen con entusiasmo. El joven Bolívar se desplaza con desasosiego por todos los eventos sociales de moda. Así cuando aparece un extravagante sombrero; alto, de alas grandes y planas, la juventud no duda en po-



nerle el nombre de "chapeau Bolívar". Empero, en medio de esta vorágine de hedonismo, el joven Simón se sabe vacío y sin rumbo. El ideal de su vida, la libertad, sólo la

hallaría años más tarde.

Su condición de criollo y adolescente sibarita no augura, de modo alguno, al futuro héroe de la libertad americana; aunque su origen y psicología quizás expliquen su posterior conducta. No en vano la historia registra que los más radicales críticos sociales como Kropotkin, Leon Blum, Marx o Robespierre surgieron, precisamente, de los sectores privilegiados.

Durante su estadía por Europa se topa con Napoleón Bonaparte en el cenit de su grandeza. Por 1804 Napoleón ha quedado amo indiscutible del viejo mundo. Por sus hazañas es vitoreado como héroe de la antigüedad. En la Catedral de Notre Dame —y más tarde en Milán— el curioso joven americano observa la coronación del Emperador francés. Aquel acto magnífico le entusiasma y marca por siempre. Admira el fervor popular y la efusión general ante Napoleón, pero rechaza su poder absoluto y omnímodo, más duro aún que el de los antiguos Luises. Como a todo soldado de la independencia la sombra del gran Corso lo seguirá siempre, ora para imitarlo, ora para de-

nigrarlo. Después de todo de él aprendió el significado de la gloria.

La mayor y más codiciada presea de Bolívar —durante toda su existencia— es, sin duda, la gloria, que según propia definición consistía en ser grande y en ser útil. Al Libertador nunca le preocuparon los bienes y los parabienes que derivan del dinero y del poder. Así cuando fallece su patrimonio personal casi se ha extinguido a grado tal que se tiene que buscar entre los amigos una camisa digna para amortajarlo.

El famoso juramento de Bolívar en el Monte Sacro, a sus 22 años, aquel en el que afirma muy emocionado y con profundo idealismo su fe por la libertad de América, parece ser el primer anuncio del futuro libertador. De allí su vida tomaría un rumbo universal. En la guerra de independencia mostraría, entre otras virtudes, su extraordinario genio, capacidad de conductor, talento literario (que ácidos críticos como Madariaga no pueden menos que aceptar), y aquella fuerza y tesón por los que un día la América de Colón dejó de ser española.